

BELÉN MARTÍNEZ

# XIANFENG

*El Príncipe y el castigo*

 **UMBRIEL**

Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

**¡ATENCIÓN!**

NO DEBERÍAS LEER ESTE RELATO  
SI NO HAS TERMINADO PLACERES MORTALES,  
YA QUE CONTIENE SPOILERS.

**H**abía tenido que cerrar la ventana del Palacio del Estío para que los gritos de Ahn no llegasen hasta mí.

Casi había estado a punto de ordenarle a una de las criadas de mi madre que tocara el *ehru*, la flauta, lo que fuera, para que esos terribles chillidos se apagasen. Aun así, su voz se filtró tras el papel de arroz y yo caminé de un lado a otro de mi dormitorio, incómodo.

No me asomé para ver cómo los guardias imperiales lo arrastraban por las calles rojas de «la ciudad dentro de la ciudad», de camino al Departamento de Castigo. Tras unos minutos agonizantes, esos bramidos por fin se extinguieron, y yo pude respirar hondo.

Pero no por mucho tiempo.

La puerta de la estancia se abrió sin previo aviso. Y, tras ella, vestida con un exquisito *hanyu* de color esmeralda, se encontraba la Gran Dama Xuan.

Mi madre.

Su dama de compañía se hallaba a su espalda, pero ella le hizo un gesto silencioso con la mano, y la mujer se apresuró a abandonar mi dormitorio. Cerró a su paso, dejándonos solos. Ahora, un silencio tenso llenaba la habitación.

Me incliné ante sus grandes ojos oscuros, maquillados en tonos dorados. Ella correspondió el gesto con seriedad, moviendo ligeramente la cabeza. Todas las horquillas colgantes que adornaban su peinado tintinearón con suavidad.

No pude evitar encogerme ante su escrutinio. El Emperador Daoguang, mi padre, la había convertido en mi madre adoptiva seis años atrás, pero yo seguía sintiendo cierto tedio cuando me encontraba ante ella. No solo por su juventud, sino porque había algo en su presencia, en su forma de mirarme, que me hacía sentir pequeño, infantil, insignificante.

Y eso era algo que odiaba con todo mi ser.

—Pensaba que vendrías a la ejecución —comentó, a modo de saludo.

—¿Por qué me iba a molestar para ver cómo matan a un traidor? —repliqué, apartando la vista.

Me pareció que su mirada se entornaba.

—El Emperador estaba presente —contestó.

Siempre era correcta en público. No había deslices en su conducta. Pero, en la intimidad, la había escuchado susurrar y gemir su nombre, tras las puertas cerradas del dormitorio de mi padre. Como hacían todas las concubinas.

—Xianfeng, tu mejor amigo te necesitaba. Debías haber estado a su lado —continuó, con aquella voz profunda—. Él amaba a sus padres con todo su corazón. Y ha visto cómo los decapitaban frente a sus ojos.

—Yo no tengo la culpa de que su padre sea un traidor —repliqué, mientras le daba la espalda y me dirigía a la ventana para abrirla de nuevo. De pronto, me sentía acalorado, a pesar de que el invierno estaba a punto de comenzar.

—Lo sé, querido hijo —suspiró ella. Escuché el susurro de su *hanyu* antes de que su mano se posara en mi hombro—. Pero sabes que tienes una posición privilegiada. Podrías... hacer mucho por él.

Me giré en su dirección con el ceño fruncido.

—¿Qué estás insinuando?

Ella alzó ligeramente la barbilla y se apartó de mí unos pasos. Todavía no había alcanzado los veinticinco años, pero en sus pupilas brillaba una mirada más artera que en los ojos del consejero más anciano de mi padre.

—Lo sabes perfectamente —contestó, con un susurro.

No podía pronunciarlo en voz alta. Pero realmente no era necesario. Sabía lo que me estaba ofreciendo: la libertad de Ahn. Si yo se lo pedía, lo ayudaría a escapar.

Y él sería libre, lejos de «la ciudad dentro de la ciudad».

Volví a apartar la mirada y la hundí en mis zapatos bordados, que asomaban bajo la túnica azul.

—No puedo —murmuré.

Ella me rodeó y se colocó entre la ventana y mi cuerpo. Su figura alta por las alzas de su calzado y el elaborado peinado cubrieron el sol. De pronto, el dormitorio se llenó de penumbras.

—No puedes... ¿o *no quieres*? —Esta vez me colocó las dos manos en los hombros, y me los apretó con fuerza. Sus uñas afiladas, pintadas de blanco y rosa, se clavaron en mi ropa como las garras de un tigre. O de un dragón.

Continué sin mirarla.

—No sé a qué te refieres, madre.

Ella se alejó un poco y dejó escapar un suspiro antes de sacudir la cabeza. Sus horquillas volvieron a tintinear.

—Sé lo que te ha ofrecido tu padre —murmuró.

Levanté la cabeza de golpe, aunque no sabía de qué me sorprendía. La Gran Dama Xuan lo sabía todo, por eso había escalado tantas posiciones en el Harén de mi padre en tan poco tiempo.

—Xianfeng, escúchame. No puedes hacerle eso. Es... terrible. —Sus manos me buscaron de nuevo, pero yo me aparté con brusquedad, harto de su cercanía. Pero eso no detuvo su lengua—. Los atan sobre una mesa de madera. Ni siquiera los adormecen para el procedimiento. Tienen que meterle madera en la boca para que no se destrocen la lengua a mordiscos cuando el dolor les haga perder la razón. Hay muchos que enferman, que tiene problemas toda su vida, incluso que mueren...

—¡Basta ya! —la interrumpí, alzando un brazo—. No necesito que me hables del procedimiento.

—Si no soportas la verdad sobre el castigo, quizás no deberías aceptar el ofrecimiento del Emperador —contestó mi madre.

No le confesé que había sido idea mía elegir la castración. Malditos Dioses, ¿no podía hacer otra cosa! Mi padre no aceptaría un simple apaleamiento, ni siquiera una tortura. No, sabía que él quería algo que dejase una marca permanente en Ahn. Y unas cicatrices en la espalda no iban a ser suficientes.

No tenía opción, maldita sea. Si me negaba a aceptar sus condiciones, no sería Emperador.

—Xianfeng, tu padre te nombrará Heredero —insistió ella, negando sin cesar—. Eres el único hijo que le queda.

—Hay dos concubinas embarazadas —repuse—. ¿Y si son varones lo que llevan en el vientre?

—El Emperador jamás nombraría Heredero a un príncipe que él no ha moldeado desde su nacimiento. Ya no es tan joven, Xianfeng. —Arqueé una ceja y la miré de soslayo, pero me negué a contestar. Ella no estaba en su cabeza. No podía afirmarlo con seguridad. Y yo no pensaba arriesgarme—. Sé que estás en una posición difícil. Lo comprendo.

No, pensé, con rencor. *En eso mientes*. Sabía que todos los consejeros de mi padre la adoraban. Sushun siempre me había dicho que era la mejor madre adoptiva que podría tener jamás. Cian también sentía afecto por ella. Y yo la quería. Claro que la quería. Pero... era una mujer. Y su comprensión sobre algunos asuntos era limitada. Así que no, no podía comprenderme por mucho que se esforzase.

—En el pasado has estado en posiciones similares, pero a diferencia de entonces, tú no tenías la opción de elegir. En este caso, sin embargo...

—Hoy me está siendo difícil entenderte, madre —la corté, con la mirada fija en la de ella.

La Gran Dama Xuan no vaciló ante mi expresión. Alzó una mano con impaciencia, perdiendo ligeramente la calma fría que la envolvía como la seda de su *hanyu*.

—Mi familia siempre ha formado parte del Palacio Rojo de una forma u otra. Y llevo viviendo suficientes años en él como para saber que lo que ocurrió con tus hermanos mayores no fue... accidental.

No parpadeé ante esas palabras.

Sí, mi madre adoptiva sabía muchas cosas. Pero no todo. Sí, podía estar al tanto de aquel suceso que había ocurrido antes siquiera de que ella se presentara como aspirante a concubina. Sí, podía haber averiguado que mi madre biológica me había entregado una bandeja de oro con pasteles y dulces cuando solo era un niño para que los compartiera con mis hermanos.

Pero no sabía que yo pensé en tropezar. Que pensé en arrojar la comida a uno de los pozos de la servidumbre. No sabía que, a pesar de sospechar, yo se la ofrecí a esos dos niños que me querían tanto con una sonrisa.

—La decisión está tomada, querida madre —dije, con calma. Me separé de ella y me acerqué a la puerta del dormitorio. La abrí con suavidad ante sus pupilas dilatadas y vidriosas—. Sé que es terrible lo que estoy a punto de hacer. Pero es necesario. Cuando sea Emperador, haré justicia. Seré mucho mejor que mi padre. Tengo en mente muchas ideas. Pero para llevarlas a cabo, debo hacer este sacrificio.

Ella hizo amago de replicar, pero, tras un instante, apretó los labios y bajó la cabeza. Cuando caminó hacia mí, vislumbré sus puños blancos y tensos, pegados a los costados de su magnífico *hanyu*.

Al pasar a mi lado, se detuvo.

—No sé si desearte suerte en este camino que vas a recorrer, Xianfeng —susurró—. No sé qué os hace ese Gran Dragón al que os enfrentáis en el subsuelo, que os convierte a todos en un monstruo.

Yo me aparté de ella con violencia y golpeé la pared con la mano abierta, furioso. Esta se abrió ante mi roce, y una lluvia de papel de arroz, madera, virutas de pintura y escayola cayó sobre nosotros en un aguacero.

Mi madre ni siquiera se inmutó.

—Bien, ¡pues entonces seré un monstruo que gobernará desde el trono del dragón!

Los labios de la Gran Dama Xuan se curvaron durante un instante tan ínfimo que pensé que había sido un espejismo. Me dedicó una profunda reverencia y murmuró, antes de abandonar mi dormitorio:

—Hasta que aparezca uno todavía peor que tú.